

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO**

COLOSENSES

COMENTARIO EXEGÉTICO AL
TEXTO GRIEGO DEL NUEVO TESTAMENTO

COLOSENSES



editorial clie

M.Th. Samuel Pérez Millos

EDITORIAL CLIE

C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
Internet: <http://www.clie.es>

**COMENTARIO EXEGÉTICO AL TEXTO GRIEGO
DEL NUEVO TESTAMENTO
COLOSENSES**

Copyright © 2015 Samuel Pérez Millos
Copyright © 2015 EDITORIAL CLIE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-8267-902-0

ISBN obra completa: 978-84-8267-547-3

Impreso en USA / *Printed in USA*

Déposito Legal: B. 8596-2015

Clasifíquese:
REL006070
Comentarios bíblicos
Nuevo Testamento
Referencia: 224887

DEDICATORIA

Dedico este libro a los que predicán a Cristo como la plenitud de Dios. A los pastores y maestros que procuran la centralidad de Cristo en el ministerio y en la evangelización, conduciendo a los creyentes a un seguimiento fiel del Maestro. A quienes Cristo es todo en su vida, ministerio y esperanza.

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo I	
Cristo, la imagen de Dios	15
Introducción.	15
Escritos del cautiverio.	17
La ciudad de Colosas.	19
La iglesia en Colosas.	21
Entorno social.	23
La Epístola.	24
Autor.	26
Lugar y fecha.	28
La Epístola en la Iglesia.	28
Oposición a la autoría paulina.	31
Semejanza con Efesios.	34
Destinatarios.	47
Peculiaridades doctrinales.	48
La herejía colosense.	50
Contenido.	52
El texto griego de la Epístola.	52
Referencias de textos griegos para la Epístola	55
Texto refundido.	55
Análisis del texto griego.	60
Aparato crítico del texto griego.	61
Otras precisiones sobre el texto griego.	61
Bosquejo.	62
Exégesis de la epístola	63
Preámbulo (1:1-14).	63
Salutación (1:1-2).	63
Acción de gracias (1:3-8).	74
Intercesión (1:9-14).	92
Conocimiento y fortaleza espiritual (1:9-11).	92
Comprensión de la condición de herederos (1:12).	105
Comprensión del alcance de la salvación (1:13-14).	111
La plenitud de Cristo (1:15-2:23).	119
Soberano (1:15-19).	121
Creador (1:15-17).	121
Cabeza (1:18-19).	142
Reconciliador (1:20-23).	147
Reconciliador universal (1:20).	147

Reconciliador de los creyentes (1:21-23).	152
Señor (1:24-29).	161
Pablo heraldo de Cristo (1:24-27).	161
Pablo maestro en nombre de Cristo (1:28-29).	175
Capítulo II	
La plenitud de la Deidad	181
Introducción.	181
Cristo superior a la filosofía (2:1-10).	183
La inquietud de Pablo (2:1-5).	183
Las demandas de Pablo (2:6-8).	199
Cristo expresión de la plenitud divina (2:9-10).	210
Cristo superior al legalismo (2:11-17).	215
Fuente de nueva vida (2:11-14).	215
Conquistador de los poderes cósmicos (2:15).	233
Las consecuencias (2:16-17).	236
Cristo superior al misticismo (2:18-19).	242
Cristo superior al ascetismo (2:20-23).	249
La identificación en la muerte de Cristo (2:20-22).	249
La vanidad del ascetismo (2:23).	256
Capítulo III	
La vida en Cristo	263
Introducción.	263
La vida en Cristo (3:1-4:6).	265
Vida nueva en Cristo (3:1-4).	265
Características de la nueva vida en Cristo (3:5-4:6).	276
Despojarse de lo viejo (3:5-9).	276
Revestirse de lo nuevo (3:10-14).	293
Bajo el control de Dios (3:15-17).	311
La ética familiar (3:18-21).	327
La ética de relaciones entre amos y siervos (3:22-4:1).	337
Excursus	
La ira	347
Capítulo IV	
Recomendaciones y conclusión	355
Introducción.	355
La perseverancia en la oración (4:2-4).	358
La ética en el mundo (4:5-6).	365

Epílogo (4:7-18)	371
Recomendaciones (4:7-9).	371
Saludos de los colaboradores de Pablo (4:10-14).	379
Salutación y bendición de Pablo (4:15-18).	390
Bibliografía	401

PRÓLOGO

En el teatro griego, el *prologos* era aquel que anticipaba el contenido de la obra, de manera que el público se entusiasmara con el contenido. De él dependía el interés que el público mostrara en el desarrollo de la obra. Cuando el autor me pidió escribir este prólogo, me embargó un sentido de responsabilidad al mismo tiempo que lo recibía como una muestra de nuestra amistad.

Dicen los cánones que un prólogo sirve para elogiar a su autor. Esta empresa no me corresponde a mí; es más bien el lector quien descubrirá la valía de este libro y acaso de su autor. Concentra aquí el rigor académico, la hermenéutica correcta y la aplicación propia de un pastor. Y resulta que esta es una especie rara entre los comentarios bíblicos. Nos alegra ver, por tanto, cómo se escribe en el mundo hispano-parlante un comentario de estas dimensiones.

Pero, ¿por qué la carta a los colosenses es tan pertinente hoy? ¿Qué hay en común entre aquella sociedad y aquella iglesia y la Iglesia del siglo XXI? ¿Cómo tender ese *punte entre dos mundos*?

En la iglesia de Colosas se estaba introduciendo una ideología basada en argumentaciones filosóficas (*sofismas*, 2:4) que presuponían explicar la persona Divino-humana de Jesús con razonamientos basados meramente en sabiduría humana y por medio de sutiles engaños, propios del movimiento gnosticista de la época, que incluía gradaciones en el conocimiento, emanaciones desde la Deidad de ciertos seres angelicales clasificados en castas... A este movimiento se opone Pablo en *Colosenses*, reiterando una y otra vez que la verdadera sabiduría (*sofia*) y el verdadero conocimiento (*epignosis*) se encuentran en Cristo (2:3). Como se dará cuenta el lector de este comentario, el análisis de estos términos nos acerca a un modo de vida sabio: aquel que conoce a Cristo y que vive a Cristo (2:6). He aquí entonces la sabiduría cristiana: vivir a Cristo. De ahí que repetidas veces Pablo les exhorte a hacer las cosas “*como el Señor*”. Así, *sofia* es “*el ejercicio sabio de la inteligencia*” y, como en otro lugar dice: “*Toda la ética cristiana depende del conocimiento pleno de la voluntad divina*”.

Pero la verdadera sabiduría no es sólo el argumento central de Pablo en esta carta. La suficiencia de Cristo para la salvación y la santificación se palpa en cada rincón de la epístola. Hubo -y los hay aún en nuestro tiempo- quienes abierta o veladamente quieren complementar, por no decir perfeccionar, la obra de Cristo, imponiendo

critérios y condiciones humanas para salvarse y santificarse. La Iglesia ha afirmado con rotundidad meridiana y basada en las Escrituras la salvación por gracia; pero la santificación debe ser -dicen ellos- cumpliendo un catálogo caprichoso de normas que perfeccionen la vida cristiana: no comer esto, no beber lo otro, guardar esta fiesta (2:16)... ¡pesadas cargas que ni nuestros padres pudieron llevar! (Hch. 15:10). Y quienes hemos escuchado predicar a Samuel, sabemos lo enérgico que es cuando de enfrentar esta falsedad se trata. Una falsedad que agota espiritualmente a los creyentes; que pone el énfasis de la vida cristiana en el esfuerzo carnal en vez de en la obra del Espíritu, reproduciendo la vida de Cristo en nuestra vida. Es una falsedad porque niega la perfección de la obra de Cristo, quien muere, resucita, asciende y se sienta a la diestra de Dios (3:1, 2), afirmando a fin de cuentas que a esta obra perfecta le faltaba algo. ¡No extraña que Pablo use constantemente términos como *plenitud, plenamente, todo, enteramente, completos...*! Cristo es suficiente para la vida cristiana. Quienes le conocemos sabemos que la relectura del Nuevo Testamento para hacer esta serie de comentarios le ha valido para experimentar una vez más el sentido de la vida cristiana: Cristo, en su plenitud y suficiencia.

En el comentario a 1:6, también se refiere al relativismo como el sistema de pensamiento que *divide la verdad fragmentándola en unidades de medida que no son completas porque cada una deja de ser verdad absoluta*. Nos tememos que en muchos púlpitos se está instalando un relativismo que pretende minar la verdad absoluta de la Escritura, con la consecuente falta de profundidad en la vida de los creyentes. Y esta falta de profundidad se debe, por tanto, en gran medida a la falta de conocimiento de las propias Escrituras (Is. 5.13 y Pr. 19.2) y de la maravillosa persona de Jesús, que *nos ha sido hecho sabiduría de Dios* (1 Co. 1:30). A mentes livianas le corresponden vidas livianas. En una conversación reciente con el autor nos lamentábamos -con razón o no- de que ya queden pocos pensadores cristianos españoles, quienes fundamentados en el conocimiento de la Escritura e impulsados por el Espíritu, impacten a los creyentes con la Palabra de Dios y los exhorten en el Nombre de Cristo a vivir vidas profunda y consecuentemente cristianas. Mentes cristianas pensantes y vidas cristianas piadosas ¡qué falta nos hacen!

Finalmente, a diferencia de otros comentarios, en esta obra encontramos que las argumentaciones exegéticas obedecen más a un análisis gramático-histórico-literal que a ese raciocinio relativista de moda. Y es así porque se ha educado bíblico-teológicamente con quienes sabían lo que decían en cuanto a la Escritura y de ella. Es este,

pues, un comentario netamente exegético y no *eisegético*: la argumentación se extrae del texto bíblico y no al contrario. La fluidez del argumento de la carta se ve respetada en el comentario, de modo que no se pierda la idea exegética principal. Y este rigor académico—decíamos antes—no impide que la aplicación pastoral quede relegada a un segundo plano.

Cuando uno estudia la Escritura tiene que tomar aquella actitud de los de la ciudad de Berea: ser de mente más abierta, tener buena disposición y examinar cada día las Escrituras para ver si estas cosas son así (Hech. 17.11).

Así que no me queda otra que recomendar con todo el corazón este comentario (y toda la serie) a aquellos que deseen profundizar en el estudio bíblico y a aquellos que quieran conocer más de la plenitud y perfección de la obra de Cristo. Hay libros que valen más de lo que cuestan. Este es uno de esos. Léelo, estudia la Escritura y disfruta de tu plenitud en Cristo. Él es suficiente para ti.

José M^a de Rus
Noviembre de 2014

Uno de los pastores de la Iglesia Evangélica en Linares (España)
Director de un colegio de enseñanza secular.
Profesor de Homilética en la Escuela Escrituras.

CAPÍTULO I

CRISTO, LA IMAGEN DE DIOS

Introducción.

La *Epístola a los Colosenses* es uno de los escritos paulinos del Nuevo Testamento, con una importante dimensión de la Cristología, en párrafos concretos y de una gran profundidad. Salvo el pasaje de la humillación y exaltación de Cristo en Filipenses (Fil. 2:6-11), ningún otro escrito alcanza un mayor nivel doctrina sobre la Persona y obra de Jesucristo, que el contenido de *Colosenses*. Sin duda expresa el desarrollo doctrinal de la Cristología en la iglesia de los tiempos apostólicos y, pone de manifiesto, la dimensión que en esta doctrina había desarrollado el apóstol Pablo. No cabe duda, a la luz de la *Epístola*, que la iglesia había alcanzado la plenitud total del desarrollo de las doctrinas fundamentales en el tiempo de los apóstoles y por sus enseñanzas, lo que determina una posición contraria a las propuestas de la *Crítica Liberal*, con su insistencia sobre la evolución del dogma en los primeros siglos. Esto produce una inevitable confrontación con quienes afirman que el apóstol Pablo no había podido llegar a conclusiones Cristológicas como las que se alcanzan en el escrito.

Por otro lado, la *Epístola*, pone de manifiesto las herejías que comenzaban a manifestarse en algunas congregaciones fundadas por la misión apostólica de extender el evangelio. Aunque los *liberales* aseguran que el gnosticismo no podía estar tan avanzado en los finales del S. I., es evidencia histórica que la herejía gnóstica se expresaba en oposición, tal vez un tanto inconexa, contra las verdades doctrinales enseñadas por los apóstoles, especialmente con lo relativo a la Deidad de Jesucristo. Asimismo revela también el ambiente en que se desarrollaba la vida de los primeros cristianos, con sus luchas externas y sus conflictos internos, que los escritos del Nuevo Testamento denuncian y presentan las soluciones oportunas.

La *Epístola a los Colosenses* debe ser leída, considerada y estudiada profundamente por el creyente a causa de la temática de la misma, pero, sobre todo por ser Palabra inspirada por Dios y útil para enseñar, redargüir, corregir e instruir en justicia (He. 4:12). En un tiempo en que el hombre mira al universo y considera más profundamente todo lo que tiene que ver con su origen, el cristiano considera todos estos aspectos desde la óptica de la revelación contenida en la *Epístola*, conociendo al Creador que se revela en el

escrito. Por otro lado, el mundo religioso actual busca un sincretismo que permita la creación de un ente integrador de todas las religiones. Este sistema pretende establecer una iglesia mundial, uniendo todas las religiones, tanto cristianas como no cristianas. A este sistema religioso debe dotársele de una cabeza que lo gobierne y dirija. El apóstol Pablo, en la *Epístola*, presenta a Jesucristo como la Cabeza suprema de todas las cosas; no sólo desde el aspecto espiritual de la Iglesia (1:18; 2:19), sino de todas las cosas desde Su condición de Creador (1:19-20), que comprende la creación angélica (2:10). Por otro lado, la Cristología debe conocerse con la mayor precisión posible, para afirmarse en la fe y para distinguir la verdad de la mentira en relación con la Persona Divino-humana de Jesucristo. La *Epístola* sirve también para conocer lo que es el hombre en contraste con el Creador, de modo que surja un respeto reverente, que conduzca a una vida de santidad que glorifique al Hacedor. El escrito procura alcanzar la meta de presentar a cada hombre perfecto en Cristo (1:22, 28).

En resumen, como escribe Hendriksen:

“Por tanto, desde cualquier punto de vista, esta joya de epístola está al corriente de la discusión y reflexión de hoy en día y aun le lleva la delantera. Es muy actual. Y es así porque presenta al Cristo que es el mismo ayer, hoy y por los siglos, y quien es:

- a) El arquitecto y sustentador del universo;*
- b) La cabeza de todas las cosas, y especialmente la cabeza orgánica y gobernante de su propio cuerpo, la iglesia: Cristo es el todo-suficiente y único Salvador de ella;*
- c) La imagen del Dios invisible, quien incorpora en sí mismo toda la plenitud de la deidad.*
- d) La fuente de la vida, de la paz y del gozo del cristiano;*
- e) El galardonador de aquellos que se esfuerzan para ser una bendición para otros, sin tomar en cuenta su posición social; y*
- f) Como presente dentro de nosotros, nuestra esperanza de gloria”¹.*

Con este mismo espíritu y propósito se desarrolla el presente comentario, buscando que el escrito *atemporal*, produzca en cada uno de nosotros la restauración que necesitamos y un mayor conocimiento del glorioso Señor y Salvador nuestro, Jesucristo. Lo que sigue pretende ser una sencilla ayuda para guiar en el estudio de esta carta, si bien, un escrito como este requiere una extensión mucho mayor. Se comprenderá que se

¹ Guillermo Hendriksen, *Colosenses – Filemón*. Edit. Subcomisión de Literatura Cristiana. Grand Rapids, 1982, pág. 14.

trata de una aproximación textual a la *Epístola*, de modo que sirva de ayuda al estudioso de la Palabra para iniciar una investigación personal sobre este admirable escrito. Si al finalizar el estudio de este escrito con ayuda del comentario que sigue, se llegó a un mayor conocimiento sobre cómo vivir en conformidad con las demandas contenidas en el texto bíblico y nació, al impulso del Espíritu, la decisión de hacerlo para la gloria de Dios, poniéndolo en práctica en la vida cotidiana, habrá sido cumplido el objetivo con que se escribe este comentario.

Escritos del cautiverio.

Cuatro de los escritos del apóstol Pablo se conocen como *escritos de la prisión*, o mejor técnicamente *escritos del cautiverio*, porque fueron redactados durante un tiempo en que estaba preso, o tal vez más concretamente, detenido pero no necesariamente en prisión, sino en una casa de alquiler en la ciudad de Roma (Hch. 24:27). Estos escritos son las cartas a Efesios, Filipenses, Colosenses y Filemón. En todos ellos hay evidencias internas que lo atestiguan: Ef. 3:1; 4:1; 6:20; Fil. 1:7, 13, 14; Col. 4:18; Flm. 1, 9).

Aunque el apóstol sufrió varias veces detenciones y prisión por causa del testimonio del evangelio, ningún periodo de tiempo entre los que se conocen por el contexto bíblico, fue lo suficientemente extenso como para permitir que escribiese las cartas antes mencionadas, salvo los dos años de cautiverio en Cesarea, y el posterior en Roma a donde el apóstol Pablo había sido trasladado por haber apelado a César en su conflicto con los judíos de Jerusalén (Hch. 25:12). El traslado se hizo desde Cesarea, donde había estado en prisión durante dos años (Hch. 24:27). En Roma se le permitió vivir en una casa alquilada con un soldado que lo custodiaba permanentemente (Hch. 28:16). Ese tiempo de prisión fue también largo, durando por lo menos dos años (Hch. 28:30). Durante ese tiempo, Pablo tuvo ocasión de escribir -como así hizo- como de predicar y recibir visitas.

Es evidente que los *escritos del cautiverio* pudieron haberse producido en otros lugares además de Roma, para los que se presentan argumentos de apoyo. Uno de ellos sería *Cesarea*, proponiéndose que Onésimo, el esclavo convertido, pudo haber huido desde Colosas y refugiarse en la ciudad, aunque un argumento como este resulta muy débil puesto que pudiera aplicarse a otros lugares como Éfeso e incluso, como lo más probable, Roma, donde por el tamaño de la ciudad podría pasar más desapercibido. Pablo estuvo preso en Cesarea durante un tiempo aproximado al de Roma y en las condiciones semejantes, por

tanto, bien pudo haber producido los *escritos de la prisión*, desde este lugar (Hch. 24:23). Sin embargo hay algunas diferencias entre las circunstancias de la prisión en Roma y la de Cesarea. Pablo tenía en Roma libertad para predicar (Hch. 28:30-31), pero no hay ninguna evidencia de que lo hiciese durante su prisión en Cesarea, salvo el testimonio ante el gobernador y las autoridades que en alguna ocasión se encontraron con él en audiencias. El apóstol en las epístolas a los efesios y a los colosenses pide oración para que el Señor le conceda predicar el evangelio en las oportunidades que tiene, cosa que se puede identificar con la prisión en Roma mucho más que con Cesarea (Ef. 6:19-20; Col. 4:3-4). Otra evidencia contraria a que haya escrito las *epístolas* desde Cesarea es lo que dice a Filemón: “*Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os será concedido*” (Flm. 22); la situación en Cesarea no justifica esperanza alguna en su liberación. Además de todos estos argumentos, sería difícil que el apóstol omitiese en la relación de los hermanos que le asistían a Felipe, que ministraba en el área de Cesarea.

Otra propuesta para el lugar de los *escritos de la prisión* es Éfeso. Ésta descansa esencialmente en algunas frases de los escritos paulinos en las que hace referencia a conflictos y, en cierta medida, a un tiempo de prisión en Éfeso. Pablo dice que estuvo en prisión varias veces, más que los falsos apóstoles que estaban en Corinto (2 Co. 11:23). También dice que el conflicto en Éfeso había sido intenso, comparándolo con una lucha contra las fieras (1 Co. 15:23). Aparentemente tuvo una situación muy complicada en aquella ciudad hasta el punto de decir que “*tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte*” (2 Co. 1:8-10). En la carta a los romanos, el apóstol hace referencia a Andrónico y Junias, que habían sido compañeros suyos en la prisión (Ro. 16:7), si bien no hay una referencia directa a Éfeso, convirtiendo esta posibilidad en mera suposición, que podría aplicarse a otros lugares de su ministerio.

Finalmente, está la propuesta más firme y es que los *escritos de la prisión* fueron producidos en Roma, donde Pablo estuvo preso por dos años, detenido en una casa de alquiler en donde tenía plena libertad para recibir a todos y predicar el evangelio (Hch. 28:30-31). Algunos de los que acompañaron al apóstol hasta Roma, son mencionados en los *escritos de la prisión*, como es el caso de Lucas cuya presencia con el apóstol está atestiguada en su propio relato (Hch. 27-28), mencionado en Filemón 24, y Colosenses 4:14. Igual ocurre con Aristarco (Hch. 27:2), citado también en el mismo texto de la carta a Filemón y en Colosenses 4:10. No debe olvidarse que el apóstol hace referencia en

uno de esos escritos al *pretorio* y a los creyentes pertenecientes a *la casa de César* (Fil. 1:13; 4:22).

Los escritos del cautiverio están estrechamente vinculados entre sí, lo que pone de manifiesto que fueron confeccionados en el mismo período de tiempo. Junto con las identidades temáticas e incluso idiomáticas, se aprecia la coincidencia de que el portador de dos de ellas, la Carta a los Efesios y la Carta a los Colosenses, fue el mismo hermano, concretamente Tíquico (6:21; Col. 4:7), quien tuvo por compañero de viaje a Onésimo (Col. 4:9), el que a su vez llevó a su destinatario la Carta a Filemón. Es evidente que la vinculación de los escritos les da una cierta semejanza en diversos temas e incluso la reiteración de las mismas frases o palabras en cada uno de ellos. Las Cartas proceden del mismo apóstol en el mismo tiempo y desde el mismo lugar.

La ciudad de Colosas.

Es una de las ciudades que se establecieron a orillas del río Lico, próxima a las de Laodicea y Hierápolis, con las que mantenía continuas relaciones sociales y comerciales, de ahí que Pablo les pida a los colosenses que saludasen a los hermanos de esas otras dos ciudades (4:15-16). Laodicea estaba a unos 16 km. y Hierápolis a unos 20. Las tres ciudades formaban parte de la provincia romana de Frigia, en el Asia Menor. La ciudad de Colosas había sido grande e importante en tiempos anteriores, de ahí que sea citada por Herodoto y Jenofonte, como ciudad principal, pero, había perdido importancia cuando, hacia el año 250 a. C. Antíoco Theos se interesó y ayudó a la pequeña ciudad de Laodice, existente desde hacía mucho tiempo antes con los nombres de Dióspolis y Rhoas, llegando a ser años después capital del distrito o de la *Unión Cibirática* (*Conventus Cibiraticus*), distrito administrativo del que dependían unas veinticinco poblaciones.

Sin embargo se desconoce la fecha de la fundación de Colosas, la historia arroja luz sobre su importancia ya en el s. V. a.C. En esa ciudad estuvieron acampados los ejércitos Medo-Persas comandados por Jerjes (481 a.C.), el Ausero del libro de Esther, y por Ciro el joven (401 a.C.). La ciudad llegó a ser la más importante de la región. Tenía entonces una rica industria textil, especialmente en telas de lana negra y de tintes. Plino el Viejo dice que la lana de Colosas daba nombre a la flor de la violeta persa. Además en ella convergían varias importantes vías de comunicación que hacían de la ciudad un centro de tránsito de gentes de muchos lugares. No obstante, cuando Pablo escribió la *Epístola* los caminos principales se había

establecido y redirigido desde la ciudad de Laodicea, llevando a la ciudad a un declive que le hizo perder importancia en toda la región.

En el año 396 a.C., durante las Guerras Médicas, el sátrapa persa Tisafernes fue atraído a la ciudad mediante engaño y asesinado por un servidor de su rival Ciro el Joven. Durante el periodo helenístico, la ciudad fue un importante centro comercial, sin embargo, en el s. I, su tamaño e importancia se habían reducido considerablemente

La ciudad estaba situada a unos 160 km. al este de Éfeso, en la zona donde estaban las siete iglesias de Apocalipsis (1-3). El valle donde estaba la ciudad tenía una anchura aproximada de unos 3,2 km. establecida al pie del monte Cadmo de mas de 2400 m. de altitud.

Es una de las pocas ciudades importantes que no se han excavado, si bien, en 1835 William J. Hamilton identificó y exploró las ruinas de la ciudad y su ciudadela. Este Tell está situado a unos 4 km de la actual aldea de Honaz y a 17 km al este de la ciudad de Denizli. En la exploración se observaron muchas columnas de mármol, un teatro en ruinas que aún conservaba asientos, y el cementerio con sus tumbas cavadas en la roca. Sus casas y vías de comunicación dentro de la ciudad se acumulaban en un núcleo elegido en la falta del Monte Cadmus. Diversos estudios revelan restos de la acrópolis que incluye una muralla de defensa y un foso empedrado al oeste. La Universidad Flinders de Australia se prepara actualmente para una excavación.

En tiempos de Pablo, la población de la ciudad estaba formada mayoritariamente por frigios, si bien había también grupos importantes de griegos y de judíos. Se consideraba la población como laboriosa y también culta, muy dados a cultos y propensos a teorías, por lo que las escuelas gnósticas enseñaron a muchos sus principios. La ciudad estaba bajo jurisdicción romana, formando parte de la provincia de Asia. En la provincia romana de Frigia se establecieron varias iglesias cristianas, aunque a muchas de ellas no se las menciona en escritos apostólicos. Estas iglesias estaban muy vinculadas entre ellas. Frigia fue una antigua región de Asia Menor que ocupaba la mayor parte de la península de Anatolia,

Los frigios que el apóstol Pablo conoció eran descendientes de un pueblo indoeuropeo que invadió el Asia Menor en el s. XII a.C. y destruyó el Imperio Hitita. Estos fundaron un reino que más tarde abarcó la región de Galacia y partes de Capadocia y Licaonia. Este reino sufrió mucho por las invasiones de los cimerios, pero fue restaurado por Lidia. Finalmente fue absorbido por el Imperio Persa. Luego pasó sucesivamente a manos de

Alejando, los seléucidas, los atálidas de Pérgamo y, en el 133 a. C., de Roma. Por un tiempo fue una provincia romana que más tarde se integró dividido su territorio entre las provincias de Asia y de Galacia.

Hacia el año 61, en tiempos de Nerón, las tres ciudades Laodicea, Colosas y Hierápolis fueron sacudidas por un terremoto que asoló toda la región del valle del Lico. A la reconstrucción de ellas acudió Roma aportando grandes sumas de dinero y mano de obra. La única que rechazó la ayuda romana fue Laodicea, contestando con la frase que aparece en la carta dirigida a la iglesia por medio del apóstol Juan: “*me he enriquecido y de ninguna cosa tengo necesidad*” (Ap. 3:17).

Este país, donde se encontraba Colosas, era famoso como lugar de culto de los misterios frigios. La principal diosa era Cibeles, la Magna Mater, una diosa de la fertilidad. Estaba asociada con su hijo y esposo el dios sol al que los griegos llamaban Adonis. Cada año se celebraba la muerte de este dios con ritos que incluían lamentos y automutilaciones, y su reaparición se celebraba con danzas orgiásticas y ritos inmorales donde se practicaba la prostitución sagrada. Las mujeres que se entregaban a esa práctica no perdían su condición social, ni sus honores civiles. Por esa causa los frigios contaban sus ascendientes por las madres y no por los padres. Los soldados romanos fueron influidos por los ritos frigios, y el senado procuró impedir que entraran en Roma.

En los tiempos primeros del cristianismo, muchas supersticiones e incluso herejías que entraron en la Iglesia, tenían origen en las creencias frigias. En el 468 d.C. el montanismo debió muchas de sus enseñanzas peculiares al culto frigio.

En cuanto a la sociedad judía afincada en la ciudad, se asentó allí desde el tiempo en que Atíoco el Grande (223-187 a.C.) estableció en la región a dos mil familias de Babilonia en Lidia y Frigia, para apoyar su dominio sobre la región. Esos judíos se multiplicaron y extendieron por toda la zona montañosa. Entre los judíos que estuvieron en Pentecostés, en el año de la muerte de Cristo, había judíos de Frigia (Hch. 2:10).

La iglesia en Colosas.

Por el relato de *Hechos*, Lucas presenta a Pablo evangelizando la provincia de Frigia en dos ocasiones. En la primera pasó por la región norte al dirigirse de Pisidia a Galacia (Hch. 16:6); en la segunda cursó una breve visita a las iglesias resultado de su trabajo de evangelización en el viaje anterior (Hch. 18:23). Sin embargo, parece probado que Pablo no estuvo

nunca en Colosas, ya que en la *Epístola* dice a los colosenses: “*Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro*” (2:1), por tanto, no pudo haber sido fundada por él directamente. La iglesia allí establecida fue obra personal de Epafras. A él se refiere en la *Epístola*, cuando escribe: “*...la palabra verdadera del evangelio, que ha llegado hasta vosotros... desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad, como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros*” (1:5-7). Con toda razón se le puede considerar como fundador, quien sostenía continua oración por todos los creyentes, no sólo de Colosas sino de las ciudades próximas, Laodicea y Hierápolis (4:12-13).

Como todas las iglesias del área geográfica, Colosas estaba muy vinculada y relacionada con Pablo, ya que, aunque no fue fundada por él, si nace de la acción evangelizadora que el apóstol llevó a cabo en la provincia. Es muy posible que fuese fundada durante el largo tiempo de permanencia en Éfeso (Hch. 20:31). Obligado el apóstol a interrumpir su predicación en la sinagoga, lo hizo en la escuela de Tirano, predicando allí todos los días. Entonces tuvieron noticia de su predicación, ya que “*así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús*” (Hch. 19:10). Entre ellos pueden contarse Epafras y Filemón, los dos naturales y residentes en Colosas. Pablo habla en la *Epístola* de Onésimo, el esclavo que huyó de la casa de Filemón, del que el apóstol dice: “*con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros*” (4:9). Éste había sido convertido por el ministerio de Pablo (Flm. 10, 16). Todo esto conduce a entender que la comunidad cristiana en Colosas había crecido y era numerosa cuando escribe la *Epístola*.

La iglesia se congregaba en las casas de algunos de los miembros. Una de ellas era la de Filemón (Flm. 1:2). Es necesario recordar que un determinado lugar destinado sólo a la reunión de la iglesia, lo que podría llamarse el *templo* donde se reunían, no era común en el primero y segundo siglo. En el mismo versículo antes citado se mencionan juntos a tres creyentes de Colosas: Filemón, Apia y Arquipo. En la *Epístola* se menciona a Arquipo como miembro de la iglesia en Colosas (4:17), siendo uno de los tres a quienes se dirige la *Carta a Filemón* (Flm. 2). Es muy posible que Filemón fuese esposo de Apia y que Arquipo fuera hijo de ellos. Estos cuatro fueron colaboradores de Pablo en la iglesia en Colosas.

Entorno social.

Como en la mayoría de las iglesias establecidas en el mundo greco-romano, las congregaciones, mayoritariamente gentiles, salían de un entorno de idolatría e inmoralidad. Muchos de los creyentes habían practicado las formas pecaminosas propias de aquellos días, y ciertas costumbres no se desarraigaban fácilmente entre ellos.

Los grupos sociales, especialmente los que tenía una presencia real en la ciudad, influenciaban en el entorno, procurando alcanzar el mayor número posible de adictos a su ideología. Los frigios inculcaban sus formas de culto y su pensamiento idolátrico, que comprendía la inmoralidad propia del paganismo, especialmente notable en lo relativo a la práctica de la promiscuidad en la prostitución sagrada, que no sólo afectaba a la relación fornicaria entre hombre y mujer, sino también a la práctica de la homosexualidad en esas circunstancias. Los libros de magia y ocultismo y, lo que es peor, las prácticas ocultistas tenían marcada presencia en el entorno social sobre el que influenciaban los frigios. De forma semejante, los griegos y romanos, también introducían sus cultos a los muchos dioses de la mitología.

Por otro lado estaba también la influencia judía. Las comunidades se establecían religiosamente en torno a la sinagoga. En ese lugar se enseñaba la tradición judía, la ley y las prácticas religiosas propias del judaísmo. Algunos se convertían al cristianismo, pero otros, especialmente los líderes, se radicalizaban contra lo que consideraban una nueva herejía, combatiéndola con saña y produciendo serias alteraciones del orden procurando que los cristianos fuesen condenados por las autoridades civiles, acusándolos de delincuentes y seguidores de un sedicioso. Los que se convertían y los judaizantes que se introducía ocultamente en las iglesias, traían consigo las tradiciones de la circuncisión y el cumplimiento de las ordenanzas legales, que incluían las fiestas solemnes establecidas para Israel.

En una línea semejante se encontraba en nuevo movimiento que había nacido, con tantas diversas formas de expresión, que era el gnosticismo. De esta herejía se considerará un poco más adelante. Los gnósticos entendían que el cuerpo era malo y que la vida espiritual alcanzaba niveles hacia el completo desarrollo *pleroma*, plenitud, que comenzaba por los iniciados y se desarrollaba en el estudio de sus misterio y enseñanzas, contrarias a la verdad bíblica enseñada por los apóstoles.

Como siempre había también siervos o esclavos y libres. De manera que esta estructura social se mantenía, al menos en los primeros tiempos en las comunidades cristianas, de ahí que Filemón, un miembro de la iglesia en Colosas, tuviese un esclavo llamado Onésimo. Otra diferencia social se establecía entre hombres y mujeres. Éstas no tenían, generalmente, la posición de los hombres. Habitualmente era menos instruidas que los varones, por lo que siendo la capacidad de enseñanza de ellas más limitada que la de los hombres, no se les permitía inicialmente enseñar en las iglesias. Siendo de menor importancia social que los hombres, no cabe duda que la influencia social también se manifestaba en las nuevas comunidades cristianas, a pesar de que el apóstol enseñaba que en la gracia no había distinciones entre hombres y mujeres, y entre esclavos y libres (3:11; Gá. 3:28).

La filosofía producía también su efecto entre los colosenses, puesto que estaban acostumbrados al razonamiento propio de las distintas manifestaciones de la filosofía. De este modo imprimían la *lógica* para la comprensión de verdades bíblicas, que por ese razonamiento de hombres producían malas consecuencias al aplicarla a la Palabra de Dios. Debe entenderse que los escritos del Nuevo Testamento estaban todavía produciéndose y que el Canon no se cerraría hasta bastante tiempo después.

La Epístola.

Es un escrito que nace al tener Pablo conocimiento de ciertas dificultades que había en la iglesia establecida en Colosas. En el capítulo segundo se aprecia que un cierto tipo de doctrina extraña a la que el apóstol enseñaba en todas las iglesias estaba influenciando a algunos en la congregación.

Epafras había venido a Roma para visitar a Pablo, hecho prisionero en Roma por haber acudido al tribunal de Cesar, siendo ciudadano romano y acusado sin razón por los judíos. En esa visita informó al apóstol del estado de la comunidad cristiana en Colosas, pidiéndole ayuda contra las enseñanzas erróneas y las doctrinas malsanas que estaban apareciendo y que comenzaban a afectar a algunos cristianos de aquella iglesia. Sin embargo las noticias que llevaba a Pablo no eran negativas, ya que los creyentes hacían notables progresos en la fe y en el amor (1:4, 8; 2:5). Sin embargo ese buen orden y el progreso estaba siendo afectado por las desviaciones doctrinales que algunos traían. Además había algunos *falsos maestros* jactanciosos, que perturbaban el bienestar de la congregación. El apóstol bien de mutuo propio o bien a petición de Epafras, escribió esta *Epístola*, de la que fue portador Tíquico (4:7), compañero del apóstol en su viaje a Asia (Hch. 20:4).

Epafras quedó con el apóstol en Roma asistiéndole en su prisión (4:12). Pablo considera necesario que la *Epístola* sea leída en Laodicea, ya que los problemas que afectaban a los colosenses, eran también un peligro potencial para los laodicenses (4:16).

Tratando los temas de una forma tranquila, muy diferente a la que utilizó en la *Epístola a los Gálatas*, va haciendo referencias a distintos aspectos de la doctrina fundamental, preparando el terreno para afrontar directamente las herejías que comenzaban a manifestarse entre los colosenses. Al evangelio le llama *palabra de verdad* o *palabra verdadera* (1:5-6), lenguaje que recuerda a lo que decía a los gálatas (Gá. 2:5, 14). Por consiguiente les hace una advertencia muy sencilla sobre lo que significa alejarse de la esperanza del evangelio (1:23; cf. Gá. 1:16). Les indica también que lo que estaba llevando fruto en todo el mundo era precisamente este *evangelio* y no las formas de error que se estaban infiltrando en la congregación (1:6), por tanto, era preciso mantenerse firmes en la verdad de ese único evangelio (1:23). Del mismo modo introduce la supremacía de Cristo, como el primer aviso contra la herejía de otras inteligencias superiores en las que se puede alcanzar una perfección y conocimiento diferente por otra vía que no es la de la enseñanza bíblica (1:15 ss.). Además les hace notar en el comienzo del escrito que la obra reconciliadora del Señor ha logrado que los creyentes entren en el reino de la luz y que las cadenas de esclavitud que sujetan al pecador, hayan sido rotas definitivamente para el que cree (1:12-14, 22). Algunos, en base a las propuestas filosóficas y gnósticas estaban buscando los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, haciéndoles notar Pablo que sólo en Cristo están escondidos todos los verdaderos tesoros del conocimiento (2:3). Esta parte prepara a los lectores para la parte apologética de la *Epístola*, y finalmente para la práctica de vida cristiana.

Principios *filosóficos y huecas sutilezas* habían comenzado a engañar a algunos (2:8). Otras demandas que tenían que ver con considerar ciertos días como especiales y que debían ser guardados como tales por los creyentes, se enseñaba también como verdad de fe (2:16). Además lo que el apóstol llama *rudimentos del mundo*, que sin duda tenía que ver con sistemas filosófico-religiosos afectaba a algunos, por lo menos, en la congregación (2:20). Quiere decir que algunas herejías procuraban infiltrarse en la congregación, a lo que Pablo acude para confirmar la única verdad del evangelio y refutar los errores que algunos enseñaban. De igual modo la *Epístola* tiene como objetivo precisar verdades de fe, especialmente relacionadas con la Persona y obra de Jesucristo. Finalmente en ella se abordan demandas que

corresponden a una correcta forma de vida, tanto social, como familiar y eclesial, sobre cuyos principios enseña el apóstol.

Autor.

Basta con iniciar la introducción del escrito para descubrir con toda claridad que el autor de la *Epístola*, es Pablo, el apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios (1:1).

Unos pocos datos sirven para recordar quien fue el escritor. Era de la tribu de Benjamín, y dentro del contexto religioso de su tiempo miembro del grupo de los fariseos (Hch. 23:6; Ro. 11:1; Fil. 3:5). Nacido en Tarso tenía por esa razón la ciudadanía romana (Hch. 16:37; 21:39; 22:25 ss.), lo que lleva consigo que sus padres habían residido en aquella ciudad por bastante tiempo antes del nacimiento de su hijo. Tarso era una ciudad con un alto nivel cultural, por lo que Pablo llegó a conocer bien la filosofía y cultura del mundo greco-romano. Es muy probable que fuese trasladado por sus padres profundamente religiosos a Jerusalén cuando era muy joven para que estudiase las Escrituras con los más cualificados maestros de entonces. Él mismo testifica de haber aprendido con el Rabí Gamaliel (Hch. 22:3). Por el relato general de Hechos se aprecia que Saulo había llegado a ser miembro del Sanedrín con voz y voto en las decisiones de aquel tribunal, posiblemente uno de los miembros más jóvenes, llegando a dar su voto a favor de la muerte de Esteban, y liderando la persecución y muerte de los cristianos (Hch. 26:10). Según ciertas apreciaciones deducidas de sus escritos, su aspecto físico no era destacable, siendo además un orador de discurso pesado (2 Co. 10:10).

No hay ninguna evidencia bíblica por la que se pueda afirmar que Pablo hubiese conocido personalmente a Jesús, a pesar de sus palabras en el escrito a los corintios (2 Co. 5:16), que deben entenderse como una consideración de Jesús desde el punto de vista humano. Tal vez Saulo tuvo parientes cristianos (Ro. 16:7), pero, a pesar de ello, su condición anticristiana era evidente. La muerte por lapidación de Esteban, su discurso ante el sanedrín y su aspecto personal en aquella ocasión debieron haber impactado profundamente a Pablo (Hch. 8:1). Sin embargo fue el decisivo encuentro con el Señor resucitado, lo que le llevó a la conversión (Hch. 26:14). Después de esa experiencia pasó un tiempo en algún lugar al este del río Jordán, donde recibió revelaciones directas de Jesús y recicló su teología preparándose para el apostolado al que había sido llamado por elección divina. De ahí pasó al área de Damasco predicando el evangelio (Hch. 9:19 ss; Gá. 1:18). Ante las

dificultades de entrar en los grupos cristianos en Jerusalén por su anterior relación como enemigo de la Iglesia, tuvo necesidad de que Bernabé le introdujera levantando toda prevención contra él. Su ministerio en Jerusalén debió ser por poco tiempo, debido a que los judíos helenistas procuraban matarle, por lo que regresó a su ciudad natal de Tarso. También fue Bernabé el que fue a buscarle a ese lugar para que le ayudase en la enseñanza a los creyentes recién convertidos de la iglesia en Antioquía (Hch. 11:25-26).

Tiempo después fue llamado por el Espíritu y encomendado por la iglesia antioqueña para la obra misionera (Hch. 13:1-3). Su estrategia se convirtió en modelo para las misiones lideradas por él, consistente en predicar en la sinagoga a los judíos para establecer un núcleo de creyentes que fuesen también conocedores de la Escritura. Cada vez que la oposición contra él alcanzó un alto nivel, se volvía directamente a la evangelización de los gentiles (Hch. 13:46 ss.). Los judaizantes fueron sus más firmes enemigos en el ámbito de las iglesias que establecía, visitando las congregaciones para hacer que los cristianos fuesen una extensión del judaísmo, conminándolos a circuncidarse y guardar la ley ceremonial, especialmente la referida a las limitaciones establecidas en ella. Los continuos enfrentamientos con los judaizantes ocasionaron la necesidad de una consulta con los líderes de la iglesia en Jerusalén, en lo que se llamó el *primer concilio de la Iglesia*. En esa reunión dialogaron con los apóstoles y ancianos sobre el problema, alcanzando un consenso que se hizo extensivo a toda la Iglesia mediante carta circular, en la que las propuestas judaizantes quedaron sin respaldo, afirmándose la libertad de los creyentes con unos limitados mandatos que eran necesarios para mantener la comunión y unidad entre los creyentes de procedencia judía y los de ascendencia gentil (Hch. 15:28-29).

En el segundo viaje misionero, Pablo acompañado por Silas y Timoteo recorrió un amplio territorio visitando las principales poblaciones de la zona de Grecia, atendiendo el llamamiento hecho en visión por un varón macedonio que le solicitaba ayuda, por lo que pasaron a Macedonia iniciando la evangelización de Grecia y estableciendo iglesias.

Más adelante el apóstol llevó una ofrenda para los pobres de Jerusalén, llegado a la ciudad en Pentecostés (Hch. 21:14 s.). Con mucho tacto observó los ritos del templo. En ese lugar los judíos procedentes de Éfeso lo acusaron de violar la ley que prohibía el acceso al santuario de los gentiles, suponiendo que había introducido en el lugar a compañeros que no eran judíos, incitando a la multitud para que

le diesen muerte. Para evitarlo intervinieron los soldados romanos, rescatándolo del gentío, llevándolo a Cesarea donde Félix, el gobernador romano, lo mantuvo en prisión durante dos años (Hch. 23:26). Dada la situación en que se encontraba y las demandas que los judíos hacían al gobernador para que lo llevase a Jerusalén y fuese juzgado allá de lo que le acusaban, Pablo apeló, en su condición de ciudadano romano el tribunal del César, siendo conducido prisionero a Roma, donde estuvo en una casa alquilada con la custodia de un soldado romano (Hch. 28:1, 30). Lo más probable es que en el juicio no compareciesen los acusadores por lo que sería puesto en libertad, sobre el año 63. Muy probablemente, según su deseo, visitó España y la región del Egeo antes de ser encarcelado nuevamente por orden de Nerón, quien lo sentenció a muerte, siendo ejecutado en Roma.

Lugar y fecha.

Colosenses, Efesios y Filemón fueron enviadas al mismo tiempo por medio de Tíquico y Onésimo (4:7-9; Ef. 6:21-22; Flm.10-12). Pablo estaba en prisión como se ha considerado antes. El lugar desde donde escribió los llamados *escritos de la prisión*, fue con toda probabilidad Roma, donde el apóstol gozaba de libertad para predicar el evangelio y tenía un lugar cómo para poder dictar las *Epístolas* (4:3-4). Esto todo concuerda con la situación suya en Roma (Hch. 28:30, 31).

La primera prisión en Roma ocurrió entre los años 60 al 62, por consiguiente esta epístola, junto las otras antes citadas, debió haberse escrito durante el año 61 o incluso en la primera mitad del año 62, en lo que sería el segundo año de la prisión en Roma, antes de su liberación.

La epístola en la Iglesia.

En los registros más antiguos aparece la *Epístola*, incluida entre el cuerpo paulino, ya en el s. II. Tanto Marción como el Canon de Muratori, Ireneo y Clemente de Alejandría la atribuyen sin reservas al apóstol Pablo. Es muy interesante lo que se conoce como el *corpus paulino*, ya que desde principios del segundo siglo, las cartas de Pablo circularon no de forma aislada, sino como una colección. Es importante la referencia que el apóstol Pedro hace de las cartas de Pablo (2 P. 3:15 ss.), donde parecen formar una colección reconocible a la que se le concede el rango de Escrituras, asociándolas a *las otras Escrituras*. Los cristianos del s. II las conocieron en adelante como colección. El código en que el primer editor copió las cartas de Pablo constituyó una copia principal de la que se sacaron todas las copias posteriores. Antes de esta

colección, se habían empezado a reunir las cartas del apóstol, posiblemente en un periodo temprano, agrupándose las de Macedonia, que eran las dirigidas a los tesalonicenses y a los filipenses, por otro lado estaban las que correspondía a las iglesias del valle del Lico, a los colosenses, a Filemón y a los efesios.

Marción es la primera persona, que se sepa, que publicó una colección definida de lo que se pueden llamar los libros del Nuevo Testamento. Este creyente nació sobre el año 100 en Sínope, un puerto de la costa del Mar Negro. Su padre era un líder de la iglesia y Marción fue educado en la fe cristiana. Sin embargo, de todos los apóstoles el único que le interesaba era Pablo, llegando a la conclusión errónea de que era el único apóstol que conservaba la enseñanza de Jesús en toda su pureza. Marción escribió una lista llamada *el Apóstol*, que era una edición de diez cartas de Pablo, en la que no estaban incluidas las *Epístolas Pastorales* (1 y 2 Timoteo y Tito). La primera carta que inicia esa colección era la de Gálatas, siguiendo a ella el resto colocadas por orden descendente de longitud. Las dos cartas a los Corintios y las dos a los Tesalonicenses se encuentran agrupadas entre ellas, de modo que aparece una a los Corintios y otra a los Tesalonicenses. En esa colección aparece también la *Epístola a los Colosenses*. Por consiguiente está reconocida como de Pablo a principio del s. II. Hablando de la *Epístola* dice en el prólogo: “*Colosenses. Los colosenses también eran, como los laodicenses, de Asia. También habían sido invadidos por los falsos apóstoles. El apóstol no los visitó personalmente, pero los rectificó mediante una carta. Habían escuchado la palabra de Arquipo, quien había recibido el encargo de ministrarlos. Por tanto, el apóstol, ahora en cadenas, les escribe desde Éfeso*”².

Valentino fue otro que menciona las cartas de Pablo y señala también la de Colosenses. Fue contemporáneo de Marción. Procedía de Alejandría y vivió en Roma aproximadamente del año 135 al 160. En una obra suya titulada el *Evangelio de la Verdad*, presenta una interpretación de la enseñanza de Pablo, en donde se pueden discernir ecos de las cartas de Pablo, entre ellas Colosenses.

El fragmento de Muratori. Este anticuario publicó una lista en latín de los libros del Nuevo Testamento, copiada de un códice del s. VII u VIII, que estaba en el Monasterio de Bobbio, en Lombardía. La fecha en que se realizó originalmente la lista ha sido muy controvertida,

² Citado por F. F. Bruce en *El canon de la Escritura*. Editorial Clie, Terrassa, 1988, pág. 143.